

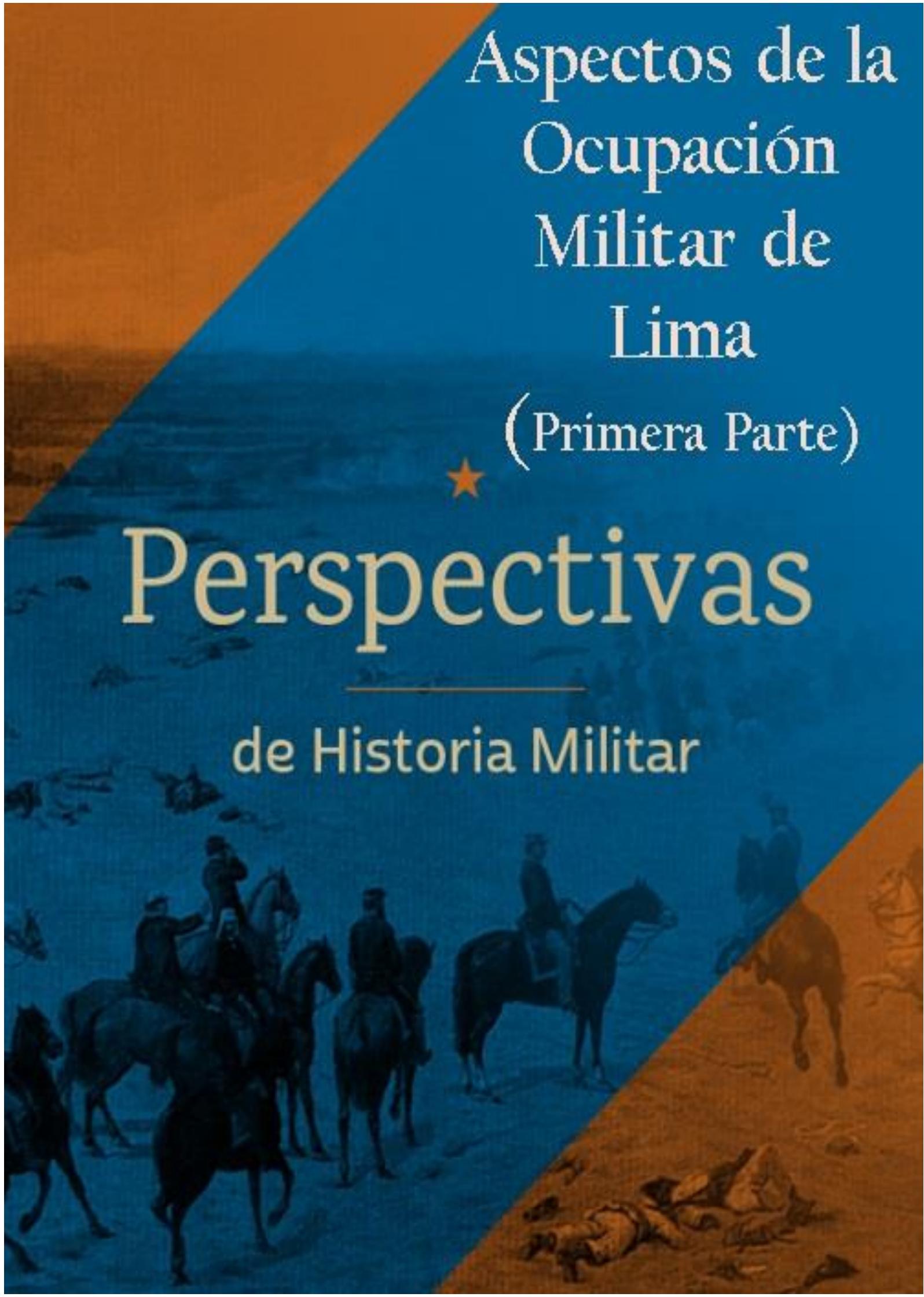
Aspectos de la
Ocupación
Militar de
Lima

(Primera Parte)



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

ASPECTOS DE LA OCUPACIÓN MILITAR DE LIMA

PRIMERA PARTE

Por

Francisco Enberg Castro¹

¹ Coronel de infantería, especialista en Estado Mayor, magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico, magíster en Gestión y Planificación Estratégica y profesor de academia en la asignatura de Logística.

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

ABSTRACT

Durante la Guerra del Pacífico, Chile mantuvo una ocupación militar que incluyó la capital del Perú, los motivos que se tuvieron para llegar a esa extrema situación, cuyas consecuencias se mantienen latentes en las historiografías tanto peruana, boliviana como chilena, aún persisten en una visión contrapuesta de lo ocurrido hace más de un siglo.

Este artículo pretende conceptualizar los problemas que enfrentaron las autoridades chilenas en forma previa a la entrada a Lima, y luego cuando debieron asumir la administración de una compleja ocupación militar, especialmente durante la caótica situación en la que vio sumida Perú en sus primeros meses.

Palabras clave: Ocupación militar – Comportamiento de las tropas – Medidas administrativas adoptadas por las autoridades chilenas.

INTRODUCCIÓN

“Deleitarse en la batalla hubiese parecido a los romanos algo así como una forma de intoxicación, y ellos miraban la guerra como cualquier otra especie de trabajo serio, como algo que se debe hacer sobriamente para hacerlo bien. Como todos los hombres sensibles, pensaban que la paz es mejor que la guerra, pero también, como casi todos los hombres sensatos, pensaban que la victoria es mejor que la derrota.”

Julius Kakarieka

Tras la conquista de Lima las autoridades chilenas no contaron con una contraparte para llegar a un acuerdo de paz. Además, la organización de un gobierno provisional se vio dificultada por el intempestivo abandono de su máxima autoridad, el dictador Nicolás de Piérola (1839–1913); quien después de la derrota sufrida en la batalla de Miraflores el 16 de enero de 1881, se retiró al interior del país. El mando de las fuerzas chilenas debió, entonces, hacerse cargo de un país sumido en la anarquía política ocasionada por dicha partida y de la ruina económica provocada porque sus principales ingresos, provenientes de la explotación del guano y del salitre en la provincia de Tarapacá, estaban ahora en poder de Chile. Cabe mencionar que esta crisis se venía acarreado desde antes de la guerra.

El Poder Judicial peruano, bajo el pretexto de estar en período de vacaciones, se negó a colaborar. Junto con ello, la natural inquietud de un cuerpo diplomático, representante de miles de ciudadanos extranjeros, principalmente italianos, españoles, ingleses y franceses que se habían instalado a vivir en Perú, intervino activamente como ente negociador para que ante la llegada de las tropas chilenas se resguardaran los bienes de sus conciudadanos.

A su vez, producto de la derrota infringida por las armas, se encontraron con un pueblo desmoralizado y, sobre todo, dividido por rivalidades políticas. Esta situación impidió que surgiera un líder en reemplazo de Nicolás de Piérola y, por ende, que no existiera un interlocutor válido para negociar la paz.

Del mismo modo, la ocupación de la capital peruana trajo como consecuencia la intromisión de algunas potencias extranjeras preocupadas por el resultado de las negociaciones, especialmente Estados Unidos, país que desde un primer momento actuó decididamente en favor de Perú.

Las intenciones de EE.UU., consideraban que Perú no tenía que ceder territorios a Chile y que la negociación se limitara al pago de una indemnización por parte del primero. Todo esto, impuso una complicada y dificultosa tarea a las autoridades militares chilenas; quienes debieron gobernar bajo estas circunstancias y, al mismo tiempo, cumplir con las directrices que imponía el gobierno desde Santiago.

El general Manuel Baquedano González (1823–1897), inmediatamente después de la victoria chilena en las batallas de Chorrillos y Miraflores, a petición del alcalde de Lima el señor Rufino Torrico de Mendiburu (1833–1920), dispuso el ingreso de una división de tres mil hombres del ejército chileno a la capital peruana con lo que se dio inicio a un largo período de ocupación militar. El victorioso general en jefe junto a una parte importante de sus fuerzas regresaría a Chile muy prontamente, por lo que la responsabilidad de asumir la jefatura de la plaza recayó en el general Cornelio Saavedra Rodríguez (1821–1891); el cual sería reemplazado por el coronel Pedro Lagos Marchant (1830–1884) para ejercer como autoridad militar hasta mediados de mayo de 1881. Finalmente, asume el contralmirante Patricio Lynch Solo de Zaldívar (1824–1886) hasta el final de la administración militar chilena en el Perú.

Desde el momento en que se produce la entrada de tropas chilenas a la capital del Perú, el 17 de enero de 1881, el gobierno chileno estimó conveniente disminuir las fuerzas empleadas en la campaña de Lima ², para lo cual redujo plazas y desmovilizó varias unidades. Pero, ante la imposibilidad de negociar un acuerdo de paz, según las pretensiones chilenas de obtener territorios a modo de compensación; se sometió al Perú a una ocupación militar, como parte de una estrategia de imposición de dichas condiciones y ante la ventajosa posición alcanzada por Chile en las sucesivas victorias obtenidas en el transcurso de la guerra.

² El ejército de operaciones chileno durante la campaña de Lima llegó a una fuerza de 26.925 hombres. Las tropas de ocupación que quedaron en Lima después del regreso del general Baquedano alcanzó una fuerza de 8.269 hombres. Y en total, considerando a los departamentos de Ica, Junín, departamentos del norte y Paita, ascendía a un total de 15.176. Más antecedentes en: Academia de Historia Militar. *Historia Militar de Chile Ilustrada sobre la base del Atlas Histórico Militar de Chile*, Ediciones Academia de Historia Militar, Santiago de Chile, 2017, p. 187; y en *Figura N° 1*, (ver pág. Siguiente)

Previo a la designación del contralmirante Patricio Lynch como nuevo Jefe de ocupación, ocurrió una serie de hechos que han sido señalados por los historiadores peruanos como impropios de una fuerza militar civilizada. Es así como se habla de saqueos a gran escala y otros tipos de excesos injustificables de acuerdo al derecho de la guerra de la época. También, han sido muy críticos para referirse específicamente al comportamiento del soldado [roto] chileno, culpándolo de cometer todo tipo de atrocidades en contra de la población peruana.

Cuando se decide utilizar una fuerza militar para ganar una batalla, una campaña o una guerra, este empleo se constituye en su esencia y en su principal objetivo. Sin embargo, muchas veces después de conseguida la victoria y cumplida la misión, rehacer la paz y permitir con ello el retorno de las fuerzas a su propio territorio, se hace una tarea más difícil que las mismas operaciones y campañas. Generalmente el período previo a la paz es una fase prolongada, tediosa y de gran desgaste. Una fuerza armada normalmente está preparada para entrar en combate, pero ello no significa que lo esté de igual forma para cumplir labores de orden interno, sobre todo, en la complejidad de un territorio adversario sometido. El ejército expedicionario chileno que conquistó Lima, no estuvo exento a esta realidad.

La Guerra del Pacífico ha traído consecuencias que hasta el día de hoy pesan en la historiografía de Chile, Perú y Bolivia. La ocupación de Lima y de los territorios adyacentes sometidos durante los primeros cuatro meses, constituyen un tema poco analizado. Por eso, extraer lecciones y experiencias de este período, incluyendo aquellos aspectos que pudiesen resultar censurables o identificar hechos que se estimen positivos y necesarios de resaltar, son el intento del presente artículo.



Figura N° 1. Croquis inédito: “Razón de los puntos ocupados por el Ejército de Operaciones del Norte”³

³ Archivo del Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Historia Militar. Consulados. Estado Mayor, Volumen 14. 1881 – 1882, C 302. Foja 208. Mapas.

Historiadores peruanos como Tomás Caivano, Mariano F. Paz Soldán, Carlos Dellepiane, por señalar a los más representativos; han sido extremadamente críticos al emitir, a través del tiempo, duros juicios sobre el proceder de las autoridades y tropas chilenas, basados única y exclusivamente en la narración de connacionales como parte afectada. Ninguno de ellos hace un análisis crítico del por qué llegaron a la situación que les tocó vivir como país sometido frente a una ocupación militar. Nada señalan sobre aquellas medidas que pudieron haber sido consideradas por sus propias autoridades y que no fueron tomadas oportunamente para aliviar su comprometida situación. En sus afirmaciones, tampoco consideran las normas que se aplicaban en la época, conforme lo exigía la comunidad o el derecho internacional a fines del siglo XIX.

Chile no pretendía “*ensanchar su territorio*” a costa del Perú y Bolivia, como ha sido repetido incansablemente en la historiografía de ambos países. Chile, no sólo no estaba preparado militarmente con solo una fuerza militar de apenas 2.440 plazas y dos buques blindados de importancia, como el *Blanco* y el *Cochrane*; sino que también sufría los efectos de la crisis económica llamada “*depresión larga*”, que había hecho disminuir notoriamente su poder económico y como consecuencia de ello, su poder militar.

No pretendía ni ambicionaba “*conquistar Lima*”. Su objetivo inicial al entrar en conflicto durante la ocupación de Antofagasta, el 14 de febrero de 1879, fue evitar el remate de la compañía salitrera, cuyos capitales y mano de obra eran chilenos.

Luego se propuso recuperar el límite del paralelo 23°, que había cedido a Bolivia con el tratado de 1874, motivado por la posibilidad de continuar explotando las riquezas salitreras de la zona, ya que Bolivia había incumplido lo estipulado en el Art. 4° de dicho tratado.

En los planes chilenos no figuraba entrar en guerra con el Perú, pero este país se vio arrastrado a participar como beligerante al estar comprometido con Bolivia en el tratado secreto de 1873. Alianza que al final terminó pagando muy caro con la pérdida de la provincia de Tarapacá, su departamento más rico en aquella época y que sustentaba su economía, junto con la destrucción de su ejército regular y de su armada.

Bolivia en tanto, causante principal del conflicto, después de la batalla de Tacna abandonaría el escenario de la guerra y dejaría a su aliado a su suerte. Por tanto, Perú debió continuar un esfuerzo bélico sin contar con el apoyo de Bolivia.

La ocupación de casi todo el litoral peruano, como Tarapacá, Pisagua, Iquique, Arica, Tacna, y finalmente su capital, fue necesaria en la medida que la máxima autoridad peruana de ese entonces, el dictador Nicolás de Piérola, desechó toda posibilidad de acuerdo: primero, en las negociaciones llevadas a cabo a bordo del buque norteamericano *Lackawanna*, en la denominada Conferencia de Arica los días 22, 25 y 27 de octubre de 1880 y después de que perdió las decisivas batallas de *Chorrillos* y *Miraflores*, abandonó a su suerte a lo que quedó de su derrotado ejército, dejando sin posibilidad de negociar un acuerdo de paz con Chile.

En consecuencia, Chile no buscó la ocupación de Lima inicialmente sino que se vio forzado en la medida que anhelaba terminar el conflicto con una compensación territorial que pudiera remediar el gran desgaste que le significó, tanto en pérdidas de vidas humanas, como en el esfuerzo bélico y económico realizado al movilizar un ejército y mantener las líneas de comunicaciones expeditas en un Teatro de Guerra muy alejado de su núcleo vital.

Las principales dificultades que debió enfrentar Chile para alcanzar la paz después de estar militarmente ganada la guerra, se pueden sintetizar como sigue:

1. Las exigencias chilenas de cesión territorial para resarcirse del esfuerzo en vidas humanas y económicas a las que se vio enfrentado producto de la guerra.
2. La obstinada actitud del jefe supremo peruano de rechazar cualquier tipo de negociación que incluyera cesión de territorio y abandonar a su suerte el gobierno y la capital de su país.
3. Caos y anarquía peruana, lo que impidió la acción de un interlocutor válido con quien negociar la paz.
4. Acción diplomática de Estados Unidos que se opuso a que Perú cediera territorios a Chile, amparando las esperanzas peruanas de no tener que entregar la provincia de Tarapacá para negociar la paz.

Esto provocó la necesidad de someter a la capital peruana, junto con sus principales puertos, a una larga ocupación militar.

LA OCUPACIÓN DE LIMA POR PARTE DE LAS FUERZAS CHILENAS

El éxito chileno en las campañas de Tacna y Arica provocaron gran entusiasmo en Chile y se esperaba que aquellas victorias fueran la antesala de la paz. Sin embargo, eso estaba lejos de suceder; ya que las autoridades peruanas, con Nicolás Piérola a la cabeza, no estaban dispuestas a ceder a las bases de negociación que Chile imponía a Perú: la cesión de los territorios recientemente dominados.

Aquella obstinación de las autoridades peruanas que, a pesar de las múltiples derrotas sufridas, desplegaban enormes esfuerzos por organizar un ejército que hiciera frente a las fuerzas chilenas. Así lo demuestra el decreto del 27 de junio de 1880, por medio del cual debían enrolarse todos los ciudadanos de Lima, lo que hizo que Chile no tuviera otra opción que dar continuidad a la guerra y plantearse como única salida la toma de la capital peruana. El decreto decía:

*Nicolás de Piérola, jefe supremo de la república i protector de la raza indígena.—
Considerando: Que teniendo Lima sobrados elementos para defenderse por sí
sola contra cualquiera tentativa de agresión del enemigo, es conveniente
colocarla en condiciones de realizarlo sin esfuerzo; a fin de ponerla a cubierto
de ella i permitir al gobierno emplear el ejército activo como lo aconseje la más
rápida prosecución de la guerra...⁴*

No obstante, la decisión de ir a Lima no estuvo exenta de debate, y a pesar de que el anhelo de ocupar la ciudad representaba a la mayoría de la opinión pública y a parlamentarios, como Manuel Balmaceda Fernández (1840 – 1891), que veían como única solución la destrucción del ejército peruano. La posición contraria, representada por el Presidente de la República, argumentaba que la ocupación costaría millones al país y no tendría los resultados esperados; puesto que se pensaba que Piérola podría huir a la sierra, obligando al ejército chileno a una estadía indefinida. Aunque el historiador

⁴ Barros Arana, Diego. *Historia de la Guerra del Pacífico 1879–1881*, Librería Central de Mariano Servat, Santiago de Chile, tomo II, 1881, pp. 77 y 78.

Gonzalo Bulnes, plantea que las verdaderas aprehensiones del presidente tenían relación con: “no saber a quién confiar la dirección del ejército.”⁵

Luego de acaloradas sesiones en el Congreso, además de la reunión de un consejo en el que estuvieron presentes todos los generales presidida por el Ministro de la Guerra José Francisco Vergara, se determinó la marcha a Lima; recomendándose la organización de un efectivo militar de 25.000 hombres. Estaba claro que:

*La Guerra del Pacífico no podría terminar de un modo que satisficiera las aspiraciones de Chile sino ocupando Lima. El Perú no se sometería a la amputación de la parte más valiosa de su suelo sino cuando estuviera dominado en todas sus partes vitales, cuando no le quedara un solo ejército con qué combatir ni recurso de qué echar mano.*⁶

Es importante mencionar que la mayoría de los soldados esperaban marchar sobre Lima, anhelo que se reflejaba en las innumerables citas que realizó Benjamín Vicuña Mackenna en su libro dedicado a las Glorias del Ejército y la Armada.

Entre ellas, sobresalen las palabras del sargento mayor Ramón Dardignac Sotomayor (1848 – 1881)⁷, al establecer que: “...ir a Lima era el sueño dorado de todos los militares. Habría quedado inconclusa esta campaña si se hubiera arribado a la paz sin imponerla en su misma capital”.⁸ La entrada triunfante del ejército iba a hacer posible una imposición de paz forzosa y humillante, justificada por la negación del Perú a aceptar las condiciones ofrecidas por Chile.

Decidida la expedición a Lima, el gobierno de Chile se dio a la tarea de organizar el contingente de 25.000 hombres que se necesitaban para asegurar el éxito de la misión, dejando unos 6.000 en Tacna y Arica; más una reserva de aproximadamente 12.000 soldados: “listos a acudir donde fuese necesario.”⁹

⁵ Bulnes, Gonzalo. *Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, Chile, 1914, Tomo II, p. 418.

⁶ Bulnes. Op. Cit. p. 430.

⁷ El Sargento Mayor Ramón Dardignac desempeñó una destacada labor como ayudante del Estado Mayor bajo el mando de tres Comandantes en Jefe en Campaña: Justo Arteaga; Erasmo Escala y Manuel Baquedano. Llegó a ser 2º Comandante del Batallón Caupolicán unidad bajo el mando de Estanislao del Canto. Herido en la Batalla de Miraflores fue evacuado a Valparaíso, donde muere en el hospital de dicho puerto el 1 de febrero de 1881. (Vicuña Mackenna. *El Álbum de la Gloria de Chile. Homenaje al Ejército y Armada de Chile*. 1883, pp. 37 – 50)

⁸ Vicuña Mackenna, Benjamín. *El Álbum de la Gloria de Chile. Homenaje al Ejército y Armada de Chile. En la Memoria de sus más ilustres Marinos y Soldados muertos por la Patria en la Guerra del Pacífico. 1879 – 1883*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1883, p. 48.

⁹ Barros Arana. Op. Cit. Tomo II, p. 93.

De esta forma: “*En poco tiempo el país dio todo lo que se le pedía i el ejército contaba con 20,000 voluntarios más, arrogantes, engreídos, ansiosos de marchar a la línea de fuego, envidiosos de los que habían tomado la delantera...*”¹⁰

La batalla de Chorrillos librada el 13 de enero de 1881, fue la más importante de la Guerra del Pacífico. Sumadas las fuerzas de ambos ejércitos, se alcanzó la cifra de unos cuarenta y ocho mil hombres que lucharon denodadamente durante nueve horas. Tres divisiones fueron organizadas para avanzar a la zona de Chorrillos: la primera división, al mando del comandante Patricio Lynch; la segunda, del coronel Emilio Sotomayor y la tercera, bajo el liderazgo del coronel Pedro Lagos, quienes desde el 9 de enero ya habían hecho los reconocimientos necesarios para el inicio de la batalla. Por su parte, las fuerzas peruanas se habían organizado para una defensa tenaz con aproximadamente veintiséis mil hombres, que habían sido recientemente movilizados por Piérola para la defensa de Lima.

Las tropas chilenas lanzan su ofensiva encontrando una férrea resistencia peruana. Todas las referencias a las batallas de Chorrillos y Miraflores coinciden en definirlos como los sucesos más sangrientos de la guerra: “*...una de las más grandes que se han librado en Sud-América, en consideración al número de combatientes*”.¹¹

Al término de esta batalla ocurrieron sucesos de los cuales fueron protagonistas no solo los soldados peruanos sino también los chilenos:

Un testimonio de un oficial inglés de marina, el capitán de fragata William A. Dyke Acland,¹² da cuenta de la extrema violencia desatada en la batalla, hecho que recuerda el episodio ocurrido durante la Batalla de Tacna, relatado por el sargento José A. Tricó Vivanco,¹³ en este caso se trató de un oficial chileno del Regimiento

¹⁰ Bulnes. Op. Cit. pp. 568 y 569.

¹¹ Bulnes. Op. Cit. p. 657.

¹² El capitán de fragata William A. Dyke Acland, junto al teniente Le Leon de la marina francesa, al teniente Ghigliotti de marina italiana y al teniente comandante D. W. Mullan de los EE.UU, conformaron un equipo de observadores, correspondiéndoles a estos desempeñarse con la fuerza chilena, al igual que otro similar, que se incorporó a la fuerza peruana. Iniciativa del contralmirante Frederick H. Stirling, comandante en jefe de la escuadra de la estación del Pacífico de Gran Bretaña y oficial de más alta graduación que se encontraba presente en la costa peruana, junto a otras flotas extranjeras, “*en vista que la participación de agentes diplomáticos no era posible, ni tampoco los jefes navales, dado que se requería de un grupo desplazable en los ejércitos en pugna*”. La propuesta fue ratificada por el general Baqueano y el presidente Piérola. (Wu Brading, Celia. *Testimonios Británicos de la ocupación chilena de Lima, enero de 1881*. Editorial Milla Batres, Lima Perú, 1986, pp. 19 y 22)

¹³ Según el testimonio del sargento José A. Tricó Vivanco, de la 2ª Compañía del Regimiento Movilizado Atacama, unidad a la que correspondió ser la vanguardia de la 2ª división del coronel Barceló y que atacara el centro del dispositivo aliado, fue la unidad que tuvo las mayores bajas durante la batalla. El sargento Tricó, en una carta dirigida a su madre, entrega un vívido relato de la batalla, refiriéndose de paso al *repase*,

“Chacabuco”, quien quedó herido en el campo de batalla cuando esta unidad se replegó al ser rechazada de uno de los fuertes:

*...cuando avanzó de nuevo y tomó el lugar, este oficial fue encontrado victimado, tenía las orejas cercenadas y una cruz de honor alemana incrustada en su cuerpo. Los chilenos después de este hallazgo atravesaron con la bayoneta a todos los hombres en el fuerte.*¹⁴

Los enormes daños provocados en la tropa chilena por la utilización de minas sembradas “*por centenares*”. Explica que todos aquellos hechos provocaron la indignación de los soldados chilenos y enardecieron sus ánimos, ya que estos artificios llamados “*polvorazos*” eran vistos como acto de cobardía y de una crueldad excesiva.¹⁵

Los hechos posteriores al combate del día 13, en los que estuvieron involucrados soldados chilenos, empañan lo que hasta entonces había sido una guerra “conforme a derecho”. Por lo que serán aprovechados y exaltados frecuentemente por escritores peruanos en sus relatos, donde tienden a magnificar y generalizar los excesos cometidos por una fracción del ejército chileno. Según las fuentes consultadas sólo fueron llevados a cabo por la tropa y no por la oficialidad, ya que esta última en todo momento habría procurado mantener la disciplina y conducir sus cuerpos según lo establecido por las instrucciones que reglaban la guerra. Pese a ello, no fue posible para los oficiales contener lo ocurrido, generándose así una situación que alarmó a todos los testigos de los primeros días de enero de 1881.

tan destacado por la historiografía peruano-boliviana como una práctica del soldado chileno, pero se olvida señalar que esta deleznable actitud fue iniciada y practicada por el soldado peruano en Tarapacá y luego en Tacna, tal como lo dijera el historiador chileno Sergio Villalobos: “*estos hechos llenaron de indignación a los soldados, abrigando la esperanza de castigar las atrocidades en los futuros combates*”. (Villalobos, Sergio. *Chile y Perú, la historia que nos une y nos separa 1535–1883*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2004. p. 169)

Un extracto de la carta del sargento Tricó dice: “*El enemigo al pasar sobre nuestros heridos los destrozó a bayonetazos, llenando nuestros corazones de odio (...) Inmediatamente que se oyó el de ‘a la carga atacameños’ todos prorrumpieron en un entusiasta ¡Viva Chile! cargaron con furia sobre los peruanos que, creyendo cierta nuestra retirada, venían muy risueños y contentos (...) El miedo les dio alas, pero no los puso tan fuera del alcance de nuestras balas que les hacían numerosas bajas. Los heridos fueron muertos a culatazos, en retorno de lo que habían hecho con los nuestros. ¡Ellos lo quisieron así!*” (El Contingente de la Provincia de Atacama en la Guerra del Pacífico, Copiapó, Chile, 1881, Tomo II. Museo Regional pp. 413 y 414)

¹⁴ Villalobos, Sergio. *Chile y Perú, la historia que nos une y nos separa 1535–1883*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2004, p. 182.

¹⁵ *Ibidem*.

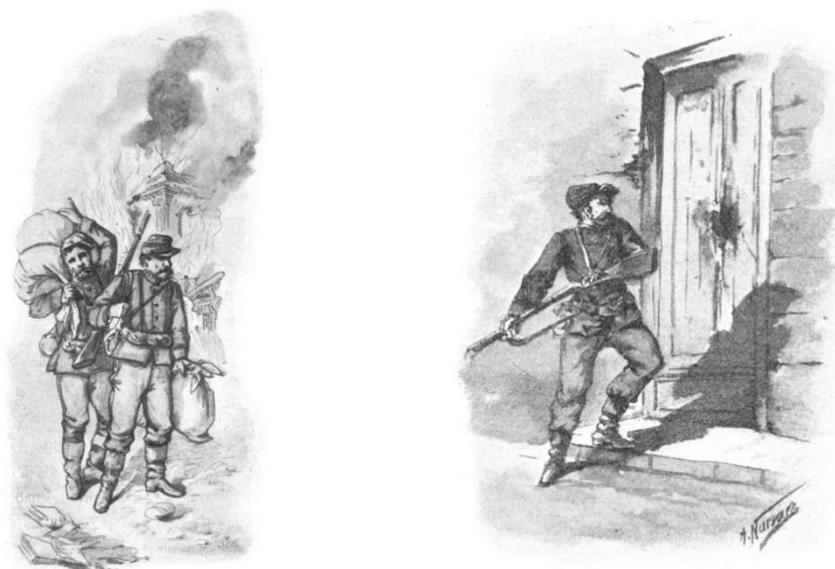


Figura N° 2. Dibujo peruano imaginario que representan a soldados chilenos en el saqueo de Chorrillos¹⁶

La historiadora peruana Carmen Mc Evoy, en un reciente estudio el que resalta por la ingente cantidad de bibliografía revisada y por la utilización de un enfoque contemporáneo en el modo de comprender la experiencia de guerra, se refiere a Chorrillos de la siguiente manera:

*En Chorrillos el consumo de alcohol llegó a niveles nunca antes vistos en la campaña marítima y terrestre. Dispersos en las calles del balneario limeño, luego de la decisiva y sangrienta batalla, los expedicionarios asaltaron las pulperías y despachos de licores, entre un diluvio de balas que cruzaban en todas las direcciones. (...) A pocas horas del triunfo militar catorce mil soldados chilenos estaban borrachos en las calles del 'Versalles peruano', siendo la oficialidad impotente para contener el desborde. (...) La tropa embriagada cometió excesos hasta el punto de matarse unos a otros. (...) Lo extenuante del combate combinado con el abundante alcohol que el soldado encontró durante el saqueo de Chorrillos sirvió para exacerbar los ánimos de una tropa exhausta y, qué duda cabe, muy perturbada por la violencia vivida a lo largo de una ardua campaña.*¹⁷

¹⁶ Ferrer J. Boix. *Nuestros Héroes, Episodios de la Guerra del Pacífico 1879 – 1883*, Librería “Joya Literaria”, Lima, Perú. 1903, pp. 26 y 43 – Dibujos de A. Sánchez Narváez. Villalobos. Op. Cit. p. 187.

¹⁷ Mc Evoy, Carmen. *Guerreros y Civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011, pp. 280 y 281.

Aunque sin duda la cifra entregada por Mc Evoy de: “...14.000 soldados chilenos borrachos...” es exagerada, dado que en esa localidad no habría suficiente alcohol para ello. Sí se puede afirmar que aquella noche de combate fue trágica y lo corrobora uno de los escasos relatos sobre estos hechos que ha quedado en los apuntes de José Miguel Varela y sacados a la luz por Guillermo Parvex:

Estaba vistiéndome cuando aparece el capitán Villagrán¹⁸ y nos dice ‘tomen a su gente y monten y me acompañan a Chorrillos, que los soldados borrachos están dejando la tremenda cagada’.

En cosa de diez o quince minutos —como a las dos de la madrugada del día 14— unos ochenta granaderos, con el capitán Villagrán a la cabeza partimos al galope hacia el pueblo de Chorrillos.

Nos dimos cuenta que en algunos sectores aún había cuerpos con sus oficiales al mando haciendo revisión ‘casa a casa’ y que esporádicamente se sentían tiros y lamentos y luego salían soldados chilenos arrastrando a los soldados peruanos muertos o heridos y los lanzaban a las callejuelas. Eran los últimos defensores de Chorrillos que —parapetándose en cada casa que pudieron— dispararon a mansalva sobre las tropas chilenas que estaban empeñadas en eliminarlos sistemáticamente.¹⁹

Esto contradice a la versión peruana que los soldados chilenos acometieron sin piedad a un pueblo indefenso, puesto que se trató de un *combate en zona urbana*. También, queda establecido que se emplearon tropas en forma organizada a cargo de sus oficiales. Ahora bien, no se tiene conocimiento de por qué el mando peruano no dispuso el desalojo oportuno de civiles en una localidad inminentemente próxima al campo de batalla.

Varela termina su relato entregando el siguiente antecedente:

En un elegante hotel de tres pisos que estaba en el acceso poniente del hasta hace dos días lujoso balneario —y que milagrosamente escapó de los incendios— se instaló

¹⁸ Se refiere al capitán Rodolfo Villagrán Latapiat (1850 – 1882), hijo del general de división José Antonio Villagrán Correas. Participó en todas las campañas de la guerra en el regimiento “Granaderos”. Muere de tifus como sargento mayor cuando estaba a cargo de un destacamento de su regimiento en el valle de Chicama (Trujillo).

¹⁹ Parvex, Guillermo. *Un veterano de tres guerras, recuerdos de José Miguel Varela*, Academia de Historia Militar de Chile, Salesianos Impresores S.A. Santiago de Chile, junio de 2014, p. 179.

la Comandancia en Jefe. Allí se realizaron antes del medio día varios Consejos de Guerra, que dieron por resultado el fusilamiento de una veintena de soldados que durante la noche protagonizaron los deleznales sucesos de saqueos y violaciones.^{20 21}



Figura N° 3. Edificio ocupado por el general Baquedano en Chorrillos²¹

Efectivamente este edificio fue ocupado por el general Baquedano y su cuartel general antes de entrar a Lima.

Contrario a todo lo anterior, dentro de los relatos de historiadores chilenos, llama mucho la atención que Barros Arana ni siquiera hiciera una mínima referencia a tales hechos; sí lo hace cuando corresponde relatar los saqueos, incendios y situaciones que contravenían a las normas por parte de la población y tropas peruanas.

En la misma línea, Villalobos establece que: “...al avanzar las tropas chilenas hacia Chorrillos, pudo verse que los soldados peruanos habían comenzado el saqueo del pueblo y actuaban desordenadamente a causa de la embriaguez, hasta provocar graciosos incidentes.” Luego, dicho historiador citando a José Clemente Larraín y refiriéndose al comportamiento de los derrotados soldados peruanos, en su obra *Impresiones y recuerdos sobre la campaña al Perú y Bolivia*, señala: “Apenas poníamos los pies cerca de la estación, notamos que por todas partes había tropa, al parecer sin oficiales ni jefes, ocupada en el rebusque y saqueo de todo lo que encontraban a mano”,²² coincidiendo en que los actos fuera de la legalidad fueron cometidos también por soldados peruanos.

No obstante, Gonzalo Bulnes se refiere someramente a lo acaecido durante la tarde y la noche del 13 de enero, argumentando que la excitación del combate y las siete horas que los soldados habían estado sin beber, habían sido los motivos por medio del cual habían contrariado la disciplina.

²⁰ Parvex, Op. Cit. p. 180.

²¹ Paz Soldán, Mariano Felipe. *Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo III, Editorial Milla Batres, Edición conmemorativa del primer centenario de la Guerra del 79, 1979. Lam. 12.

²² Villalobos. Op. Cit. pp. 183 y 184.

La siguiente cita se constituye en la única referencia sobre los hechos de Chorrillos por parte de este respetado historiador chileno:

*Algunos soldados excitados por el combate i sedientos, pues habían pasado siete horas sin beber, al romper a culatazos las puertas de los despachos en los que se espedia licor, se embriagaron i salieron a la calle disparando sus rifles y batiéndose en duelos singulares con otros que encontraban en el mismo estado. Nada se hizo en el día para reducirlos, sino una jenerosa tentativa personal del comandante don Baldomero Dublé Almeyda, el que habiendo penetrado a la población a hablar a los soldados el lenguaje del patriotismo i de la disciplina, fue muerto por una de las balas que se cruzaban en todas direcciones. La noche continuó en igual forma. No se puede saber cuántas pérdidas importó este terrible desorden.*²³

Benjamín Vicuña Mackenna, por su parte, mucho menos condescendiente que sus pares, dedica varios párrafos a describir el infierno vivido en Chorrillos apoyado en testimonios de testigos presenciales que dan cuenta de los destrozos causados por la ebriedad de la tropa.

Lo interesante, dentro de la narrativa del historiador, es la atribución de estas actitudes y comportamientos al componente araucano de los soldados, argumentando que las costumbres de este pueblo estaban presentes en esas tropas al momento de saborear la victoria, aspecto que ha sido aprovechado por la historiografía peruana para denostar al soldado chileno.

El historiador señala:

*Los jefes chilenos echaron lamentablemente en el olvido en aquel día una propensión irresistible de la sangre araucana que prevalecía al menos en dos tercios de las filas; porque es sabido que cuando los aborígenes celebran sus orgías de placer o de victoria, sus mujeres invariablemente esconden las armas de los guerreros, porque saben que, una vez turbada su razón, se acometen i se matan implacablemente entre sí.*²⁴

²³ Bulnes, Op. Cit. pp. 677 – 678.

²⁴ Vicuña Mackenna, Benjamín. *Guerra del Pacífico, Historia de la Campaña de Lima 1880–1881*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1881, p. 1019.

Por su parte, Villalobos establece que para comprender la “*vorágine irracional de odios y embriaguez*” es necesario entender aquellos hechos como “*...una lucha violenta que abarcó a todo el balneario, que fue imposible detener, porque más pesaban los deseos de venganza de una y otra parte y porque el frenesí de la muerte y la destrucción arrastraba a todos.*”²⁵

El coronel Wilhelm Ekdahl Anglin (1853 – 1924), oficial sueco profesor de la Academia de Guerra, con una visión militar que demuestra su conocimiento de las particulares dificultades de un combate de localidades, señala lo siguiente en su obra “*Historia Militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia, (1879–1883)*”:

*Solo después de una espantosa lucha de tres horas (de 11 A.M. a 2 P.M.) pudieron los chilenos apoderarse completamente de la población. Este combate en gran parte individual y cuerpo a cuerpo por las calles, plazas y casas de Chorrillos, revistió el carácter cruel que es común a esta clase de combates. No se pedía ni daba cuartel. La responsabilidad de los excesos que por ambos lados se cometieron, cae sin duda alguna sobre el que eligió la población para el campo de batalla, es decir, el comandante peruano.*²⁶

Es necesario agregar que, pese a lo censurable de los acontecimientos de Chorrillos, bajo las normas internacionales imperantes, los soldados que cometieron estos excesos perpetraron el delito de robo de propiedad enemiga. El usufructo de aquellos bienes sólo era lícito en caso de haber sido ordenado por un oficial debidamente facultado. Es decir, al amparo de una orden emanada por una autoridad de alto rango, lo que no ocurrió así, clasificándose en el nivel de delitos de carácter individual.

Por otra parte, la causa del incendio de la ciudad de Chorrillos no puede ser atribuida exclusivamente a las fuerzas chilenas sino que también fue el resultado inevitable de un combate de estas características y, tal como lo afirmara el coronel Ekdahl: la responsabilidad de combatir en una localidad poblada no recae en el atacante, sino en el defensor.

Cabe citar, como fuente adicional, el *Diario de Campaña, recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico 1879 – 1884*, de Alberto Del Solar; ya que su autor al narrar lo

²⁵ Villalobos. Op. Cit. p. 188.

²⁶ Ekdahl Anglin, Wilhelm. *Historia Militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia, (1879–1883)* Tomo III, Imprenta del Ministerio de Guerra, Santiago de Chile, 1919, p. 156.

sucedido en Chorrillos traspasa una de las experiencias vividas por un oficial peruano hecho prisionero por las fuerzas chilenas.

Dicho relato señalaba que los excesos de violencia no sólo habían sido llevados a cabo por chilenos, sino también por peruanos; quienes al haber caído en un estado de confusión, producto del abandono de sus autoridades, no reconociendo autoridad y embriagados, entraron en la casa de un inmigrante italiano, dándole muerte e intentando violar a su mujer. Al llegar el oficial peruano —según dice Del Solar— imposibilitado de impedir el desenfreno de sus subordinados ebrios, que a toda costa deseaban ultrajar a joven esposa del italiano muerto, prefirió darle muerte a la mujer, para evitar que fuese deshonrada.²⁷

Un aspecto que tiene relación con los acontecimientos de la batalla de Miraflores y que demuestra la personalidad del coronel Pedro Lagos, fue su actitud al disponer que se incendiara la localidad de Barranco. Decisión que le significó ser señalado por los historiadores peruanos con calificativos, como: “*un hombre perverso y sanguinario (...) el Nerón chileno...*”²⁸ Curiosamente, el historiador peruano Tomás Caivano, al relatar a la batalla de Miraflores, se refiere de esta manera: “*...sin embargo la gruesa división chilena, mandada por el valeroso Coronel Lagos, que fue la primera á [sic] lanzarse al ataque*”.²⁹

Una explicación de estos sucesos se encuentra señalado por Benjamín Vicuña Mackenna, al referirse a las acciones previas al combate de Miraflores:

Para poner en ejecución estas bien combinadas medidas, (se refiere al plan del general Baquedano) el terreno había sido diversamente estudiado desde el mediodía del 14.

A las diez de esa mañana el nunca cansado i siempre vigilante coronel Lagos se había adelantado desde Chorrillos a Barranco, pueblo sucursal del placer de

²⁷ Del Solar, Alberto. *Diario de Campaña, recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico 1879 – 1884*, Editorial Francisco de Aguirre, Santiago de Chile, 1967, pp. 225 – 228. Este relato fue utilizado por el historiador – novelista chileno Jorge Inostroza Cuevas (1919 – 1975) en su obra: *Fantasmas y retratos de la tradición, estampas históricas*, (Empresa Editora ZIG – ZAG, 1963), cambiando esta historia ocurrida en Chorrillos, según el relato de Alberto Del Solar, para hacer aparecer como protagonista de estos hechos a un oficial y tropa del Ejército chileno, pero adapta el escenario a los primeros días de ocupación en Lima. (Para mayor detalle ver la historia “*La atroz decisión del teniente Caldera*”, pp. 188 – 194 de la obra señalada).

²⁸ Op. Cit. Lám. 142.

²⁹ Caivano, Tomas. *Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*, Versión castellana de don Arturo de Ballesteros y Contin, director de filosofía y letras, Florencia, Tipografía Dell’Arte Della Stampa, MDCCCLXXXIII (1883), p. 438.

aquella ciudad, distante una media legua por el barranco del mar. (...) Siguiendo los rieles, el coronel Lagos había detenido su caballo a la puerta de una panadería situada a cinco o seis cuadras del Barranco, i allí supo por dos italianos que custodiaban sus hornos i bateas que el pueblo estaba desierto.

Pero sus informantes de buena fe lo engañaban, porque al penetrar en sus solitarias calles la comitiva notó con asombro que diversos pelotones de soldados chilenos, en número de quince o veinte, registraban a sus anchas las casas i especialmente las bodegas, pisando los talones a los enemigos que huían. Interrogados por aquella avilantez, contestaron como siempre que 'andaban viendo'.

Todas las suntuosas habitaciones del lugar se hallaban abiertas i abandonadas; muchos de los muebles, especialmente lujosos sofás i cómodos divanes tapizados de brocado carmesí o de amarillo, habían sido sacados a las aceras para el regalo o el sueño de aquellos atrevidos sibaritas, temeraria i eterna vanguardia de todas las marchas i de su botín (...)

Una hora después, jinetes chilenos a las órdenes de un oficial reconocían la abandonada i pintoresca población i le prendían fuego por sus cuatro costados. Era una resolución terrible pero inevitable del coronel Lagos. (...)

La presencia de los merodeadores de la mañana era un síntoma de mal augurio.

El ejército de Chile durmió en consecuencia aquella noche iluminados sus campamentos por dos inmensas piras.³⁰

Fue así como, tomando en cuenta estos sucesos, el coronel Lagos al avanzar sobre la localidad de Barranco, decide incendiar la ciudad para evitar que se volvieran a repetir los acontecimientos de Chorrillos: “... porque así como era humano en su relación con las personas, era inflexible tratándose de sus deberes militares.”³¹

Para más abundamiento, Vicuña Mackenna señala: “...el espectáculo horrendo de Chorrillos i de sus excesos era un fantasma que con razón no se apartaba de la vista

³⁰ Vicuña Mackenna. Op. Cit. 1881, pp. 1062 – 1066.

³¹ Bulnes, Gonzalo. *Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, Chile, 1914, Tomo II. p. 683.

de los jefes chilenos; i la salud de su ejército contra la orgía o contra la metralla, les autorizaba plenamente para ejecutar tan crueles pero salvadoras providencias.”³²

Esta decisión, que demuestra una vez más, que si bien los hechos de Chorrillos constituyeron una grave falta, fueron perpetrados por la tropa, no se hallaron antecedentes en que hayan participado oficiales. Con lo cual queda liberado el Estado de haber inducido a cometer dichos excesos.

También, cabe agregar que en la retirada de las tropas peruanas, al quedar sin el control de sus mandos cometieron similares excesos, tal como fuera relatado anteriormente. Esta situación se repetiría por parte de soldados peruanos, en los desmanes ocurridos en Lima en la víspera de la llegada del Ejército chileno a dicha capital.

Es muy probable, que siendo esta tropa reclutada y movilizada durante los últimos meses de la guerra, no haya interiorizado los conceptos de disciplina y el ethos militar, mucho menos las normativas del derecho de la guerra de la época; en parte porque muchos de ellos carecían de estudios primarios y secundarios, lo que permitiría explicar los excesos cometidos. Si se agrega la expectativa que almacenaban de llegar a Lima y conseguir la victoria, se completa el cuadro hipotético frente al cual se podría abordar la temática.

Habría que agregar, para una posible explicación de los hechos, los elementos contextuales y psicosociales que Sergio Villalobos enumera como parte de toda situación de guerra y que es un fenómeno permanente en la historia de este tipo de enfrentamientos. El historiador señala que:

En todos los tiempos y en todas las ocasiones, la lucha desata en los pueblos el odio, el crimen, la violación, el robo y la furia destructora. Debe entenderse que el combatiente, soldado o civil, está bajo presiones anormales de angustia, temor, cansancio, calor, frío y hambre. Lejos de los suyos, se encuentra en una tarea en que las heridas y la muerte pueden caerle en cualquier momento. Ve sucumbir compañeros con quienes se han compartido penas y alegrías, generadoras de una vida en común; no sabe cuándo terminará todo aquello y en posesión de armas puede ejercer la venganza a discreción contra quienes lo afectan o son un peligro simplemente. Siente justificadas sus acciones y por eso no se detiene para destruir o recoger botín. Los lazos normales de relación social se han disuelto, las propias

³² Vicuña Mackenna. Op. Cit. 1881, p. 1066.

decisiones son las que cuentan, destruir es un desahogo y robar parece un derecho para compensar los sufrimientos y peligros.

Si en el escenario hay alcohol y mujeres, el desenfreno es inevitable.

*El combatiente lucha envuelto en una atmósfera ideológica que justifica cualquier forma de ataque contra el enemigo. Lucha por una causa que estima buena y superior, contra contendores que son malos y deben ser eliminados sin consideración o reducidos a la impotencia. No hay métodos prohibidos para derrotar a los contrarios; pero no se admite que aquellos los empleen y si lo hacen es una prueba más de que son bárbaros, salvajes y arteros. Los dos polos generan una dinámica de sentimientos agresivos.*³³

La atmósfera citada se reprodujo tanto en la parte chilena como en la peruana y, a juicio del autor, si bien lo enumerado no sirve para justificar los excesos cometidos por ambos contendientes, es útil para comprender la predisposición a la violencia debido a: “...la tensión acumulada...”.³⁴

Agrega que aun cuando el Estado chileno y sus mandos militares procuraron la aplicación de las leyes de la guerra vigente, se tornaba muy difícil debido a que en el fragor de la contienda se produjeron una serie de situaciones que escaparon a la previsión y por ende vieron surgir “...impulsos irrefrenables...”³⁵ producto del miedo o la desesperación.

Por su parte, Mc Evoy, establece que: “La violencia alteró la sensibilidad del combatiente” y explica cómo la experiencia bélica produjo cambios severos en la personalidad de los soldados al experimentar: “... una profunda frialdad antes el espectáculo de la muerte, una gran dosis de egoísmo ante el sufrimiento de quienes lo rodeaban y la pérdida total del más insignificante impulso de un sentimiento humanitario...”³⁶ Emociones que fueron confesadas por el mismo Alberto del Solar.

³³ Villalobos. Op. Cit. 2004, pp. 156 – 157.

³⁴ Ibidem.

³⁵ Villalobos. Op. Cit. 2004, p.157.

³⁶ Mc Evoy, Op. Cit. 2011, p. 268.

OCUPACIÓN DE LIMA

La derrota del ejército peruano, que defendía Lima en las batallas de *Chorrillos* y *Miraflores* produjo un caos generalizado, noticias contradictorias acerca del resultado de dichas batallas y, especialmente, por la falta de una autoridad responsable en estas circunstancias que impusiera el orden en la población de Lima. —Nicolás de Piérola se había retirado al interior del Perú—. El escritor peruano Carlos Dellepiane señala al respecto:

Las masas populares, mal conducidas por agitadores de la opinión pública, perdida la fe en los hombres que habían llevado a la Nación al desastre, se desordenaron y queriendo castigar en alguna forma a los chinos de los valles del sur que se plegaron a los chilenos, señalaron a todos los súbditos de ese Imperio como espías y guías del ejército invasor, decidiendo saquear sus propiedades. El espectro de la hambruna que se cernía sobre la Capital, fue también causa determinante para proceder de tal modo.

En la noche del 15 al 16, barrios enteros de tiendas de asiáticos fueron puestos a saco por el populacho que, no conforme con inutilizar las mercaderías o apropiarse de ellas, incendió los almacenes creando así un nuevo peligro para los habitantes.

*La impotencia absoluta para defenderse, el levantamiento de las masas populares y la angustia que testimoniaban los extranjeros por conservar sus bienes, decidieron al coronel Torrico, Alcalde de Lima, a tratar la entrega de la Capital con el comandante en Jefe chileno.*³⁷

Es necesario señalar que no existía ninguna certeza respecto del resultado de estas batallas, en parte porque Nicolás de Piérola había hecho circular informaciones que aseguraban la victoria peruana sobre Chile. Incluso, en un boletín se aseguraba: “...*la derrota completa de los chilenos y la prisión del general en jefe.*”³⁸

³⁷ Dellepiane, Carlos. *Historia Militar del Perú*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, Argentina, tomo II, Libro III. 1941, pp. 398 – 399.

³⁸ Villalobos. Op. Cit. p. 199.

Asimismo, muchos oficiales peruanos, que huyeron después de Miraflores, entraron a Lima anunciando la victoria: “...pero al insinuarse el crepúsculo se comprendió que eran fugitivos que vociferaban el triunfo para no ser víctimas de la furia popular.”³⁹

El historiador peruano Tomas Caivano, refiriéndose a los resultados de la batalla de Chorrillos señala: “El único cuidado del Gobierno dictatorial era por el contrario, el de hacer circular en Lima las más absurdas noticias sobre los acontecimientos del día, para hacer creer espléndida victoria, la sangrienta derrota de San Juan.”⁴⁰

Las noticias contradictorias de los resultados de las batallas provocaban un estado de confusión tal que la población huía de la ciudad. Mariano Paz Soldán se refiere de la siguiente manera sobre la caótica situación producto de la proximidad del Ejército chileno:

*Se necesitaría la pluma poética de Virgilio para describir el estado en que se encontró la antigua Ciudad de los Reyes el día nefasto del 17 de enero de 1881. Todas las familias pudientes se refugiaron a bordo de los buques neutrales surtos en el Callao y Ancón (...) Las que permanecieron en la ciudad buscaron asilo en las Legaciones y Consulados, y fue tan grande el número de éstas, que los cuartos, patios y corredores de las casas de los Ministros (embajadores) se hallaban atestados de gente (...) Todos temían el saqueo y el incendio, conociendo los instintos del ejército vencedor, tan acreditado en cuantos pueblos y ciudades había ocupado.*⁴¹ (Paz Soldán: 1884, pp. 693 – 694)

El vice – comodoro argentino, Edmundo Civati Bernasconi, en su obra *Guerra del Pacífico (1879 – 1883)* amplía esta información:

Algunos decían que el Ejército chileno había sufrido fuertes pérdidas provocadas por la batería del Morro Solar; que las minas colocadas por los peruanos habían hecho volar por los aires a muchos soldados chilenos; en fin, que la posición era inexpugnable. En cambio, otros manifestaron que los chilenos tomarían la posición. (...) El 13 y el 14 de enero, a pesar del éxodo de gente de la capital peruana, el orden se mantenía. Pero el día 15, cuando se supo el resultado de la

³⁹ Villalobos. Op. Cit. p. 200.

⁴⁰ Caivano. Op. Cit. p. 424.

⁴¹ Paz Soldán, Mariano Felipe. *Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, 1884, pp. 693 – 694.

*batalla de Miraflores, ya no hubo orden. Las tropas fugitivas de esta acción, el dictador Piérola y muchos de sus jefes, oficiales o autoridades civiles que huyeron hacia las sierras, a fin de continuar la resistencia, dieron la pauta de que Lima no tenía autoridades, ni fuerzas capaces de imponer el orden a las turbas que, en estas ocasiones, se muestran desorbitadas.*⁴²

En efecto, muchas misiones diplomáticas ante esta caótica situación, desplegaron toda la ayuda humanitaria para albergar y dar alimento a cuantos podían. Así fue el caso de los ingleses, quienes habilitaron improvisadas viviendas para dos mil personas en la playa de Ancón.⁴³

De la misma forma, en un artículo del historiador chileno Patricio Ibarra Cifuentes titulado: “*Un testimonio sobre la entrada del Ejército chileno a Lima (enero, 1881)*”, señala:

Convencidos de que Lima podría convertirse en el escenario de una cruenta batalla y atizados por la falsa idea de que el Ejército chileno no dejaba prisioneros ni respetaba a los civiles, más de 3.000 familias, compuestas mayoritariamente por mujeres y niños, huyeron al puerto de Ancón en busca de refugio o bien se trasladaron al interior del país (...) Se les unió además una gran cantidad de ciudadanos extranjeros.

*Las guarniciones de los buques de guerra británicos, franceses y alemanes surtos en las cercanías del fondeadero velaron por la seguridad de esas personas y les prestaron el máximo de atenciones posibles de ofrecerles con sus limitados recursos. Días después de iniciada la ocupación de Lima, los refugiados regresaron a sus respectivos domicilios, luego de la intervención del Ministro de Guerra chileno José Francisco Vergara quien les tranquilizó y entregó toda clase de garantías respecto de su integridad personal y de sus propiedades.*⁴⁴

Las tropas peruanas dispersas luego de Chorrillos y Miraflores entraron a las calles de Lima cometiendo todo tipo de actos vandálicos. Robert Ramsay Sturrock, un

⁴² Civati Bernasconi, Edmundo. *Guerra del Pacífico (1879-1883)* Tomo II. Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, Argentina, 1946, pp. 210 – 211.

⁴³ Bulnes, Gonzalo. *Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico S.A., Santiago de Chile, 1955, volumen II. p. 348.

⁴⁴ Ibarra Cifuentes, Patricio. “Un testimonio sobre la entrada del ejército chileno a Lima (Enero, 1881)”, Cuaderno de Historia (26) Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Marzo 2007, pp. 171 – 186.

ciudadano británico testigo presencial de los hechos, entrega en una carta dirigida a su madre residente en Escocia, el siguiente testimonio:

*Lima, en la noche del sábado, naturalmente fue inundada por soldados peruanos armados y en desorden, y por consiguiente, individuos muy peligrosos. (...) Los soldados persiguieron principalmente a los pobres chinos, a muchos de los cuales dieron muerte, así como también a algunos almaceneros italianos. La hermosa tienda y casa de Wingon Chongs fue saqueada e incendiada hasta el suelo y, si no hubiera sido por los bomberos (cuerpo organizado por extranjeros residentes en Lima), el fuego pudo haberse extendido. La barriada china en el Mercado fue enteramente saqueada e incendiada, junto con una porción de toda la manzana. A nuestro vecino de la casa del lado, el Sr. Robert Brown (un gran cliente nuestro) se le desvalijó enteramente su tienda afortunadamente sin quemarla.*⁴⁵

Edmundo Civati confirma lo anterior señalando:

*Pero el día 15, cuando se supo el resultado de la batalla de Miraflores, ya no hubo orden. Las tropas fugitivas de esa nación, el dictador Piérola y muchos de sus jefes, oficiales o autoridades civiles que huyeron hacia las sierras, a fin de continuar la resistencia, dieron la pauta de que Lima no tenía autoridades, ni fuerzas capaces de imponer a las turbas que, en esas ocasiones, se muestran desorbitadas.*⁴⁶

Villalobos describe el contexto diciendo que:

*Hambrientos, con el furor de la derrota y cegados por los impulsos de la violencia, grupos de soldados peruanos y pobladas de los bajos fondos, al caer la noche comenzaron a saquear y robar en los negocios y a emborracharse, dando muerte a los pocos que se atrevían a oponerse. Los peor librados fueron los chinos, cuyo barrio fue destrozado sin misericordia, asaltadas sus casas y tiendas, y masacrados en cantidad apreciable. Eran los más desvalidos, víctimas del desprecio por su raza y sus costumbres y que tenían el agravante de haber seguido en muchas partes al Ejército invasor, al ser liberados de su semi – esclavitud.*⁴⁷

⁴⁵ Ibarra. Op. Cit. p. 173. El documento de Robert Ramsay original en inglés, se encuentra en el Archivo Nacional de Chile, Fondo Varios, volumen 986, fojas 265 – 272, y su traducción al español en el mismo volumen entre las fojas 265 y 272.

⁴⁶ Civati. Op. Cit. p 211.

⁴⁷ Villalobos. Op. Cit. p. 204.

Caivano señala que ante la imposibilidad de continuar la resistencia contra el ejército chileno, por no poseer fuerzas suficientes para ello:

*El oponerse a la ejecución de la capitulación, no hubiera sido más que una lastimosa locura. En los encendidos y furiosos ánimos de todos aquellos soldados en desorden y sin jefes, los que se encontraban en Lima y los llegados del Callao que inmediatamente se mezclaron entre ellos, se hizo entonces camino a una nueva y terrible idea. Puesto que no podemos intentar nada contra los chilenos, dijeron, castigüemos y venguémonos de sus amigos, los chinos, por los cuales han sido tan favorecidos contra nosotros.*⁴⁸

La historiadora peruana Margarita Guerra Martiniere en 1991, en una interesante obra titulada *La Ocupación de Lima (1881 – 1883)* en justificación a los saqueos de los soldados dispersos del ejército peruano derrotado, señala:

*El aumento de precios y escasez de subsistencias; la acefalía política y administrativa, la desmoralización por las derrotas sucesivas, el hambre y las demás privaciones de los cuerpos del ejército, la psicología de las masas manifestada en la irracionalidad de las reacciones que sólo atinan a seguir al caudillo, el bandolerismo, el desconcierto de la población y la enemistad entre el pueblo peruano y los antiguos coolíes chinos lleva a la desesperación tanto a la población civil como al ejército derrotado, originándose así los graves saqueos y desórdenes producidos.*⁴⁹

El historiador peruano Mariano Paz Soldán, además de justificar estos acontecimientos, agrega lo siguiente:

*Esos sucesos, tan naturales y comunes en cuantas ciudades han tenido lugar combates y derrotas, sirvió de pretexto a los escritores chilenos para denigrar al pueblo de Lima, y exagerar, hasta lo imaginario, lo que realmente aconteció, para llamarse salvadores de la ciudad de Lima.*⁵⁰

Entre los crímenes cometidos por los soldados peruanos se citan los incendios y destrucción de edificios; el saqueo de almacenes, en especial de aquellos de propiedad

⁴⁸ Caivano. Op. Cit. p. 451.

⁴⁹ Guerra Martiniere, Margarita. *La Ocupación de Lima (1881 – 1883)*, *El gobierno de García Calderón*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Dirección Académica de Investigación, Instituto Riva – Agüero, 1991, pp. 57 y 58.

⁵⁰ Paz Soldán. Op. Cit. p. 695.

china e italiana y el asesinato de quienes se resistían; argumentando que éstos habían ayudado como espías o como guías al ejército chileno.⁵¹

Residentes de diferentes países en Lima se organizaron en patrullas para hacer frente a los desórdenes y tratar de imponerse sobre los soldados. Se trataba de la *Guardia Urbana* formada por extranjeros armados, quienes junto al cuerpo de bomberos, hicieron intensos esfuerzos para restaurar el orden. Pese a ello, la situación se volvía insostenible; por lo que no tuvieron otra salida que pedir al ejército chileno que tomara la ciudad, ofreciendo su rendición:

*I fue esto de tal manera que para salvarse de sí misma la capital del Perú hubo de implorar de los chilenos, casi como una clemencia, la ocupación i apoderamiento inmediato de sus armas, que en lid abierta no habían sabido sujetar. Temprano en la mañana del 17 de enero el alcalde (Rufino Torrico) y postrer jefe político i militar de la capital del Perú dirigió al general en jefe del ejército chileno a su campo de Miraflores, una angustiosa nota que no era solo una rendición, sino un dolorido llamamiento a la misericordia.*⁵²

Por su parte, el mando del Ejército chileno para evitar que la tropa enardecida por la batalla perdiera la disciplina y se desbandase, impidió la marcha a la ciudad a la espera de su rendición incondicional.

El general Baquedano quería evitar que se reprodujesen los hechos de Chorrillos, consciente de que:

*...los soldados enardecidos en la lucha, que creían desencadenada como traición (al haberse roto la tregua concedida a los defensores, pactada el día 15 de enero), más el uso de minas, cometerían venganzas atroces. Por otra parte el asalto a una ciudad tan grande y llena de tentaciones podría convertirse en desórdenes que afectarían la moral y la disciplina del Ejército.*⁵³

De este modo el comandante en jefe chileno trató de evitar una ocupación violenta, a pesar de haber contestado al Cuerpo Diplomático, para ese entonces había iniciado las conversaciones para el ingreso a Lima del Ejército chileno, que: “...bombardear desde

⁵¹ Villalobos. Po. Cit. p. 211.

⁵² Vicuña Mackenna. Op. Cit. 1881, pp. 1202 y 1203.

⁵³ Villalobos. Op. Cit. p. 201.

*mañana mismo la ciudad de Lima, si lo creo oportuno, hasta obtener su rendición incondicional... ”*⁵⁴

En dicho contexto, y como previsión, la Orden General del Cuartel General del Ejército chileno del 13 de enero de 1881, obligaba a garantizar el buen comportamiento de los soldados desde su llegada a Lima hacia adelante. Los soldados debían conservar la compostura, subordinación y disciplina del ejército, y se disponía a los jefes velar con recelo la conducta y moralidad de la tropa, ya que:

*Las glorias conquistadas en todos los años de campaña, es preciso se conserven sin mancha alguna, que no haya motivos para que la justiciera disciplina les venga a obrar sobre algunos de nuestros bravos soldados.*⁵⁵

A su vez, el alcalde de Lima José Rufino Torrico de Mendiburu (1883 – 1920), ante la gravedad de los hechos y sin contar con cuerpos policiales para hacer frente al caos provocado por los soldados dispersos del Ejército peruano, el 17 de enero hace llegar una nota al general Baquedano; donde le solicita la ocupación de la ciudad para que impusiera el orden y restableciera la tranquilidad. El alcalde Torrico escribió lo siguiente:

MUNICIPALIDAD I ALCALDÍA DE LIMA

Lima, Enero 17 de 1881.

Señor Jeneral:

A mi llegada ayer a esta capital, encontré que gran parte de las tropas se habían disuelto, i que había un gran número de dispersos que conservaban sus armas, las que no había sido posible recoger. La guardia urbana no estaba organizada todavía i no se ha organizado i armado hasta ese momento; la consecuencia, pues, ha sido que en la noche los soldados, desmoralizados i armados, han atacado las propiedades i vidas de gran número de ciudadanos, causando pérdidas sensibles con motivo de los incendios i robos consumados.

En estas condiciones, creo mi deber hacerlo presente a V.E. para que, apreciando la situación se digne disponer lo que juzgue conveniente.

⁵⁴ Caivano. Op. Cit. p 447. Tomás Caivano se refiere a la nota dirigida por el general Baquedano al Decano del Cuerpo Diplomático de fecha 11 P.M. del día 15 de enero de 1881, antecedente que se encuentra en: Ahumada Moreno, Pascual. 1889, Tomo V, p. 101.

⁵⁵ Archivo del Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Historia Militar. Volumen 159, Órdenes Generales del Cuartel General, Foja 68.

He tenido el honor de hacer presente al Honorable Cuerpo Diplomático esto mismo, i ha sido de opinión que lo comunique a V.E., como lo verifico.

Con la espresión [sic] de la más alta consideración, me suscribo a V.E. su atento y seguro servidor.

R. TORRICO.

Al señor Jeneral en Jefe del ejército chileno. — Miraflores ⁵⁶

El general Baquedano, dispuso la organización de una División bajo el mando del general Cornelio Saavedra, compuesta por: “...tres baterías de artillería de campaña; los Regimientos N° 1 de Línea Buin; Zapadores; Batallón Bulnes, Cazadores a caballo y Carabineros de Yungay”, ⁵⁷ quienes en la tarde del día 17 de enero entraron desfilando por las calles de Lima:

Después de haber desfilado en compuesto i digno silencio pero con las frentes erguidas i el rostro fiero aquella brillante vanguardia a las 6 de la tarde delante del atrio de la Catedral, a cuyo frente se situara el jefe que la mandaba como para pasarle revista de honor, sus diferentes cuerpos se dirigieron a sus cuarteles, i la orgullosa ciudad de Lima era pacífica i totalmente ocupada a los dos años menos unos cuántos días, desde que el 14 de febrero de 1879 se emprendiera de hecho la guerra, azuzada por sus cábalas i sus codicias secretas. ⁵⁸

Los historiadores coinciden en señalar que esta jornada estuvo marcada por el respeto y el orden demostrado por las tropas chilenas, lo que sorprendió a los habitantes de Lima, quienes: “...no podían creer que entraran como guardianes y salvadores los

⁵⁶ Ahumada Moreno, Pascual. *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias i demás publicaciones referentes a la guerra, que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia*. Tomo V, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1982. p. 101.

⁵⁷ Machuca, Francisco A. *Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico*. Imprenta Victoria, Valparaíso. Tomo III, 1929, p. 396.

⁵⁸ Vicuña Mackenna, Benjamín. *Guerra del Pacífico, Historia de la Campaña de Lima 1880–1881*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1881, pp. 1205 – 1206. La artillería se dirigió al cuartel de santa Catalina, el *Buin* a la Penitenciaría (cuarteles situados en los barrios meridionales de la ciudad) los *Zapadores* al cuartel de la Guardia peruana en la misma dirección y la caballería al cuartel de Barbones a la salida de la puerta de ese nombre hacia el oriente. El *Bulnes* se instaló en el palacio para la custodia de la nueva autoridad y del pueblo.

bandidos de leyenda... ”, ⁵⁹ siendo su marcialidad y conducta motivo de “...sorpresa a los nacionales i de aplauso a los extranjeros [sic]. ” ⁶⁰

Fue, como señala Riquelme: “...una entrada modesta... ”, y como destaca Barros Arana: “...sin lanzar un solo grito de victoria. ” ⁶¹

Nombrado como jefe político, el General Cornelio Saavedra fue quien tuvo a cargo la misión de llevar orden y tranquilidad a la ciudad; ya que el general en Jefe del Ejército, Manuel Baquedano, se abstuvo de entrar a Lima, dando con ello un ejemplo de modestia.

A propósito, Vicuña Mackenna señala:

El general en jefe del ejército de Chile ocupado entretanto de la piadosa faena de recoger a los muertos, de salvar a los heridos i de reunir los trofeos inmensos de tres batallas i del asedio del Callao, no había consentido en entrar a Lima, dando en ello muestras relevantes de una digna modestia i del jeneroso [sic] apego al deber en todos los oficios de su noble carrera. ⁶²

Asimismo, Villalobos coincide con sus colegas, pero agrega un dato anecdótico adicional:

...en esa ocasión hasta se prohibió a las bandas de los regimientos interpretar el himno nacional, para no herir el sentimiento de los peruanos ni entusiasmar a los soldados. El director de una de las bandas soportó mal las instrucciones y escogió una marcha que en ciertas partes incluía acordes del himno patrio. Alerta el oído, ya un ayudante del general revolvía su caballo para ir a repetir la orden, pero lo sones pasaban de inmediato y seguía la marcha con su monotonía. Varias veces se repitió el incidente que, después de todo, no era más que un desahogo muy astuto. ⁶³

También, el mismo autor agrega un testimonio del diplomático italiano Perolari Malmignati en su libro *Il Perú e i suoi tremendi giorni*, señalando:

⁵⁹ Riquelme, Daniel. “Expedición a Lima. I. De Arica a Lurín, Cartas de nuestro corresponsal en campaña, Arica, diciembre de 1880”. Cuaderno de Historia Militar N° 6, Departamento de Historia Militar, diciembre de 2010, Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile, pp.141 – 242.

⁶⁰ Bulnes, Gonzalo, *Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, Chile, 1914, Tomo II, p. 697.

⁶¹ Barros Arana, Diego. *Historia de la Guerra del Pacífico 1879–1881*, Librería Central de Mariano Servat, Santiago de Chile, tomo II, 1881, p. 297.

⁶² Vicuña Mackenna. Op. Cit. 1881, p. 1207.

⁶³ Villalobos. Op. Cit. p. 207.

*La entrada de las tropas chilenas fue admirable por el orden, la disciplina y contención. Ni un grito, ni un gesto. Parecían batallones que regresaban de los ejercicios. Lo que especialmente llamaba la atención era el aspecto marcial y europeo de los chilenos, tan distinto, me duele decirlo, de los soldados indígenas del Perú (...) Éstos son hombres como nosotros, exclamó, al ver a los soldados chilenos, un marinero de la Garibaldi. Esa exclamación explicaba la victoria de Chile.*⁶⁴

Asimismo, la prensa de la época destacaba la tranquilidad que había provocado en Lima la llegada de las tropas chilenas; lo que completa un cuadro en el que primó el orden y el respeto, muy contrario a los episodios de vandalismo que se habían perpetrado antes de ello.

El periódico *La Actualidad* se refiere a ese estado de paz y orden, producto del ingreso a Lima de las tropas chilenas:

*Desde la entrada del ejército chileno a esta población la más perfecta de las calmas ha reinado en el centro i en las afueras de ella. El espíritu del comercio, celoso i asustado por las mil i una de las pruebas que habían pasado desde el principio de la guerra, comienza a entrar en el camino de la tranquilidad de la confianza. Los extranjeros [sic] que forman hoy la mayoría de los habitantes visibles, están satisfechos del nuevo orden de cosas, porque ven garantidos sus hogares i sus establecimientos de comercio.*⁶⁵

En palabras de la historiadora Carmen Mc Evoy, la dinámica de la ocupación: “debía combinar perfectamente el orden, el sistema y el ‘cálculo’ de un Estado que en todo momento se percibe como un agente civilizador de una frontera cuya posesión es crucial para el futuro económico y político de Chile.”, porque “Lo que se jugaba en la guerra, entre otras cosas, era el renombre de Chile y su importancia futura en el concierto de naciones.”⁶⁶

⁶⁴ Ibidem.

⁶⁵ Ahumada Moreno, Pascual. *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias i demás publicaciones referentes a la guerra, que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia*. Tomo V, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1982, p.106.

⁶⁶ Mc Evoy, Op. Cit. pp. 295 y 322. Mc Evoy cita una carta del Domingo Santa María a Antonio Varas: “No olvidemos un instante que jugamos el nombre del país más su importancia futura.” (*Correspondencia de Antonio Varas, p. 139, sin más datos*)

Por el ello, el orden y el respeto al derecho internacional positivo se hacían imprescindibles.

El estado de orden y tranquilidad no era sino la muestra de las reales intenciones que el Estado chileno y su ejército se habían propuesto para la ocupación de la ciudad; que no era otra que restaurar la normalidad de todas las actividades, especialmente las económicas.

A juicio de Villalobos esto consistía en un fin estratégico ligado: *“al aprovisionamiento adecuado de las fuerzas de ocupación”*, puesto que al no recuperarse (...) *la agricultura y otras faenas, las tropas no podrían mantenerse en el escenario de sus acciones.*”⁶⁷

Por otro lado, en el éxito de la ocupación de Lima estaba involucrado el *“orgullo chileno”*, por lo tanto había que reconstruir y para ello, la disciplina se hacía indispensable: *“En esta situación había algo paradójico: la guerra, por su índole misma, había sido destrucción; ahora había que reconstruir.*”⁶⁸

Evitar los abusos e imponer el orden fueron, de este modo, la preocupación constante de los altos mandos. En especial del general Saavedra, quien estaba consciente de las consecuencias que podría acarrear para el prestigio de Chile: *“Preocupaban al general el buen comportamiento, mantener el prestigio de sus fuerzas y las malas consecuencias que podría acarrear el regreso de un ejército carente de moral.*”⁶⁹

Bajo este contexto se iniciaron las primeras medidas tendientes a la organización de las tareas administrativas que permitirían sobrellevar el proceso de ocupación. Entre ellas, el establecimiento de la Ley Marcial, medidas para asegurar las garantías de los habitantes, la restricción de ciertas libertades para dotar de seguridad a las mismas, atender a los problemas sanitarios y otras que serán detalladas en los párrafos siguientes.

Lo que puede destacarse es:

...la actitud de la oficialidad y tropa en cuando a los procedimientos utilizados para ejercer la jurisdicción política y militar, paulatinamente trajo tranquilidad

⁶⁷ Villalobos. Op. Cit., p. 243.

⁶⁸ *Ibidem.*

⁶⁹ Villalobos. Op. Cit., p. 244.

*y orden a la ciudad. Estas acciones, escapan de la improvisación que caracterizó los inicios de la campaña.*⁷⁰

Situación que facilitó y posibilitó el restablecimiento de la vida cotidiana de la población limeña.

⁷⁰ Estado Mayor General del Ejército – Departamento de Historia Militar. “Estudio histórico (inédito) sobre la ocupación militar de Lima y su relación con la Biblioteca Nacional del Perú”. Sin más datos. P. 17.

REFLEXIONES FINALES

Chile no contaba con un ejército en condiciones de iniciar el conflicto, contrariamente a lo ha señalado y destacado permanentemente por la historiografía peruana y boliviana. Tampoco su meta era, al inicio del conflicto, conquistar Lima producto de la política ambiciosa de expansión territorial que se le atribuía.

Por el contrario, el gobierno entró en el conflicto, al irrespetar Bolivia el tratado convenido en 1874. Además, desconocía el pacto secreto entre esa nación y Perú, por lo que no tenía intenciones de entrar en guerra alguna. Sin embargo, no le quedó más remedio que enfrentarse a ambos países.

Inicialmente Chile se propuso solamente recuperar la antigua frontera cedida a Bolivia en dicho tratado, la que correspondía a los territorios al sur del paralelo 23°. Pero, como apareció en la escena de la guerra, Perú, el Teatro de Guerra se fue ampliando hacia el norte en la medida en que fueron avanzando las acciones, en busca de bases para abastecer a su ejército expedicionario.

Así, sucesivamente, se llegó a la ocupación de casi todo el litoral peruano y finalmente su capital. A pesar de ello, la máxima autoridad peruana, Nicolás de Piérola, desechó toda posibilidad de acuerdo de paz. Primero, en las negociaciones llevadas a cabo a bordo del buque norteamericano *Lackawanna*, en la denominada Conferencia de Arica los días 22, 25 y 27 de octubre de 1880. Luego, después que perdió las decisivas batallas de *Chorrillos* y *Miraflores*, abandonó a su suerte lo que quedó de su derrotado ejército sin posibilidad de negociar un acuerdo de paz con Chile.

En relación a las negociaciones buscadas por Chile con sus adversarios en esta guerra, es importante recordar que en el conflicto iniciado por el remate de las salitreras de Antofagasta (enero de 1879) propuso un arbitraje a Bolivia que fue rechazado por el presidente Hilarión Daza.

En consecuencia, la ocupación de Lima surgió del afán de terminar el conflicto con una compensación territorial que pudiera remediar el gran desgaste que le significó, tanto en pérdidas de vidas humanas, como el esfuerzo bélico y económico realizado al movilizar un ejército de 2.440 plazas a uno de 26.925 hombres —durante la campaña de

Lima— y mantener las líneas de comunicaciones expeditas en un Teatro de Guerra muy alejado de su núcleo vital.

Las principales dificultades que debió enfrentar Chile para alcanzar la paz después de estar militarmente ganada la guerra y que fueron consignadas en el capítulo fueron:

La obstinada actitud del jefe supremo peruano de rechazar cualquier tipo de negociación que incluyera territorio alguno, abandonar a su suerte al gobierno y a la capital de su país. El caos y la anarquía peruana, que impidieron la acción de un interlocutor válido con quien negociar la paz. Y, la acción diplomática de Estados Unidos, que se opuso a que Perú cediera territorios a Chile.

Todo esto provocó la necesidad de someter a la capital peruana, junto con sus principales puertos, a una larga ocupación militar. Y para lograr este cometido, las autoridades a cargo, debieron ejercer acciones de fuerza, propias de una acción militar y cuya evaluación ha tenido aproximaciones muy diferentes en las historiografías tanto chilenas como peruanas.

La historiografía peruana se refiere *in extenso* a los abusos por los cobros de contribuciones de guerra y a la apropiación de bienes necesarios para la mantención del ejército de ocupación, aspecto que como se señaló, se encontraba amparado en el derecho de la guerra de la época, pero que aprovechando estas circunstancias ha denostado en forma casi llegando al insulto hacia las autoridades chilenas encargadas de la ocupación, como fue el caso del coronel Lagos.

Se debe reconocer que los soldados chilenos cometieron abusos terminada la batalla de Chorrillos. Esta situación puede ser atribuida a una falta de acción de mando de los oficiales chilenos que no fueron capaces de contener el desborde de la tropa que incurrió en serias trasgresiones en dicha localidad producto del fragor de la batalla. Junto con ello, al haber tenido la posibilidad de asaltar tiendas y domicilios donde encontraron entre otras cosas, bebidas alcohólicas, se embriagaron hasta llegar a la insurrección, hecho que los llevó a matarse entre ellos e incluso asesinar a un oficial que trató de imponer el orden. Aunque fuera, sin embargo, castigado severamente por el mando chileno hasta con la pena de muerte.

Tampoco quedan bien parados los soldados peruanos en estos hechos que fueron consignados. Hasta el día de hoy, empero, la historiografía peruana continúa tratando al

soldado chileno como un saqueador sin Dios ni ley, pero a su vez, olvidan los tristes momentos en que la ciudad de Lima quedó expuesta al saqueo de sus propios soldados terminada la batalla de Miraflores.

Las dificultades que encontraron las autoridades militares chilenas durante los primeros meses de ocupación fueron innumerables y abarcaban todas las áreas administrativas propias de un país, las cuales se veían agravadas por la situación económica, por la falta de una cabeza política capaz de liderar un entendimiento, por las enfermedades y por las resistencias de las autoridades de los distintos servicios públicos a cumplir con sus labores, coadyuvar al restablecimiento del orden y la tranquilidad de la ciudad y de los territorios ocupados.

Queda pendiente profundizar con mayor detalle estos interesantes aspectos, que por su extensión, deberán ser analizados en un próximo artículo.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DOCUMENTALES

- Archivo del Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Historia Militar. Consulados. Estado Mayor, Volumen 14. 1881 – 1882, C 302. Mapas.
- Archivo del Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Historia Militar. Volumen 159, Órdenes Generales del Cuartel General.

BIBLIOGRAFÍA

- Academia de Historia Militar. *Historia Militar de Chile Ilustrada sobre la base del Atlas Histórico Militar de Chile*, Ediciones Academia de Historia Militar, Santiago de Chile, 2017.
- Ahumada Moreno, Pascual. *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias i demás publicaciones referentes a la guerra, que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia*. Tomo V, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1982.
- Barros Arana, Diego. *Historia de la Guerra del Pacífico 1879–1881*, Librería Central de Mariano Servat, Santiago de Chile, tomo II, 1881.
- Bulnes, Gonzalo. *Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, Chile, 1914, Tomo II, p. 418.
- Bulnes, Gonzalo. *Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico S.A., Santiago de Chile, Volumen II. 1955.
- Caivano, Tomas. *Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia, Versión castellana de don Arturo de Ballesteros y Contin, director de filosofía y letras*, Florencia, Tipografía Dell'Arte Della Stampa, MDCCCLXXXIII (1883).
- Civati Bernasconi, Edmundo. *Guerra del Pacífico (1879-1883)*, Tomo II. Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, Argentina, 1946.
- Del Solar, Alberto. *Diario de Campaña, recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico 1879 – 1884*, Editorial Francisco de Aguirre, Santiago de Chile, 1967.
- Dellepiane, Carlos. *Historia Militar del Perú*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, Argentina, tomo II, Libro III. 1941.
- Ekdahl Anglin, Wilhelm. *Historia Militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia, (1879–1883)* Tomo III, Imprenta del Ministerio de Guerra, Santiago de Chile, 1919.
- Ferrer J. Boix. *Nuestros Héroes, Episodios de la Guerra del Pacífico 1879 – 1883*, Librería “Joya Literaria”, Lima, Perú. 1903. Dibujos de A. Sánchez Narváez.

- Guerra Martiniere, Margarita. *La Ocupación de Lima (1881 – 1883), El gobierno de García Calderón*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Dirección Académica de Investigación, Instituto Riva – Agüero, 1991.
- Mc Evoy, Carmen. *Guerreros y Civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011.
- Parvex, Guillermo. *Un veterano de tres guerras, recuerdos de José Miguel Varela*, Academia de Historia Militar de Chile, Salesianos Impresores S.A. Santiago de Chile, junio de 2014.
- Paz Soldán, Mariano Felipe. *Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, 1884.
- Paz Soldán, Mariano Felipe. *Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo III, Editorial Milla Batres, Edición conmemorativa del primer centenario de la Guerra del 79, 1979.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *El Álbum de la Gloria de Chile. Homenaje al Ejército y Armada de Chile. En la Memoria de sus más ilustres Marineros y Soldados muertos por la Patria en la Guerra del Pacífico. 1879 – 1883*, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1883.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *Guerra del Pacífico, Historia de la Campaña de Lima 1880–1881*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1881.
- Villalobos, Sergio. *Chile y Perú, la historia que nos une y nos separa 1535–1883*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2004.
- Wu Brading, Celia. *Testimonios Británicos de la ocupación chilena de Lima, enero de 1881*. Editorial Milla Batres, Lima Perú, 1986.

ARTÍCULOS

- Estado Mayor General del Ejército – Departamento de Historia Militar. “*Estudio histórico (inédito) sobre la ocupación militar de Lima y su relación con la Biblioteca Nacional del Perú*”. Sin más datos.
- Ibarra Cifuentes, Patricio. “*Un testimonio sobre la entrada del ejército chileno a Lima (Enero, 1881)*”, Cuaderno de Historia (26) Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Marzo 2007.

